

Sumario:

Aunque con diversos acentos, la formación sacerdotal ha estado ocupando un lugar importante en la vida de la Iglesia. Modelos que estuvieron o han estado vinculados a una unidad teológica, han sido los gérmenes para la formación espiritual permanente de los Presbíteros que hoy, por gracia de este devenir histórico, ha dado fruto en la rica y audaz formación permanente sacerdotal en el campo de la vida espiritual.

Formación espiritual permanente de los presbíteros

Diego Restrepo Londoño, p.s.s.
Rector Seminario Mayor de Cúcuta, Colombia.

1. Evocación

Para quienes ya “peinamos canas” desde hace días y años, hablar de santidad sacerdotal evoca los remotos años de Seminario cuando unos formadores, casi siempre de gran calidad humana y espiritual, nos daban ejemplos concretos de espiritualidad sólida y nos hacían leer “El Sacerdote Santo” del abate Dubois que modeló tantas inquietudes de crecimiento espiritual permanente. A veces, sin embargo, esa santidad sacerdotal era planteada casi de manera a – espacial y a-temporal, como un “en-sí” adquirido de una vez por todas, que podía ciertamente perderse por el pecado mortal o rebajarse por la tibieza, pero que no conocía de contextos socio-culturales, ni de edades, ni de conflictos. Era algo perceptible, sí, pero monolítico y frío y, porqué no decirlo, aburridor y poco estimulante. Los “santos oficiales” de un presbiterio eran pocos y mirados desde lejos con admiración pero también con desconfianza y temor.

2. “Las épocas” de la santidad sacerdotal

Identifico, tal vez sin gran acierto teológico y mucho menos todavía con precisión del lenguaje cartesiano, la “santidad sacerdotal” con la “formación espiritual permanente” de la que nos hablan hoy desde el Vaticano II (PO) y más explícitamente los documentos posconciliares (PDV y Directorio de 1994).

2.1 *El primer milenio*

La Santidad del Clero en el primer milenio, estaba muy vinculada a la vida misma ministerial. Formados en los Presbiterios, o al lado de los obispos y monjes en las escuelas catedralicias y monásticas, la fuerza del Sacramento del orden, la gracia del Espíritu Santo y la urgencia de responder a los desafíos personales y pastorales



produjeron grandes figuras de obispos y presbíteros santos. Sin Seminarios y sin fórmulas muy precisas estos pastores del primer milenio respondieron a una vocación exigente, pero acompañados a veces (lo percibimos por los textos de los Concilios locales acerca de la reforma del Clero) de una nube de presbíteros medio inútiles, mal preparados y que no irradiaban santidad.

El siglo X (edad de hierro de la Iglesia) es claramente indicador de una visión como lo que acabo de describir; y escritos de crudo realismo como los de un San Pedro Damiano en el s. XI permiten descubrir dolorosas y escandalosas lacras morales en el Clero de la época.¹

2.2 La edad media

Los siglos XII y XIII con el resurgir de la teología y la aparición de nuevas formas de vida sacerdotal nos presentan un panorama más esperanzador. Pienso ante todo en los Canónigos regulares y en los órdenes mendicantes (sobre todo Franciscanos y Dominicos) que ofrecen una vuelta a la “apostolica vivendi forma” mediante la ordenación de hombres con experiencia espiritual fuerte, buen bagaje teológico y ardentía apostólica. El sacerdocio ministerial de esa época conoce un vigoroso florecimiento.

2.3 La Reforma Tridentina

Pero será el terremoto de la Reforma Protestante que dividió dolorosamente en dos la cultura y la vida eclesial de Europa, lo que hará germinar del seno mismo de la Iglesia la Contrarreforma (la palabra no es bonita pero sí es clara) tridentina, uno de cuyos pilares fue la reforma de Obispos y presbíteros centrados en la misión

1 Es célebre (incluso figuró en el Índice de libros prohibidos hasta el año 1900) su obra “Gomorra” publicado en 1051 en el que con un lenguaje escabroso fustiga la incontinencia (falta de castidad) y la simonía (negocio con las cosas santas) en los monjes y clérigos de su época, incluidos los de la Curia romana. Así por ejemplo en la Carta II, 1 denuncia la corrupción, a base de dinero (munus a manu), el servilismo interesado (munus ab obsequio) y la adulación a los grandes (munus a lingua) como tres formas de búsqueda de las ambiciones personales. (Cfr. Patol. Latina 144, 257c).



pastoral, alimentados con una cultura teológica renovada, curtidors en una ascesis y disciplina personal adquiridas en el Seminario como matriz formadora.

2.4 El período postridentino

Trento prendió los motores del mundo clerical occidental. Son clásicos los modelos variados dentro de una unidad teológica inconfundible que perduraron hasta el Vaticano II. Recordemos algunos brevemente porque allí están subyacentes los gérmenes de la formación espiritual permanente que hemos identificado con la santidad.

Ante todo, el modelo carolino – ignaciano. San Carlos Borromeo, el obispo reformador postridentino por antonomasia, muy simpatizante de la espiritualidad ignaciana, crea un tipo de sacerdote-pastor integrado en su comunidad, seriamente piadoso y disciplinado, cuyas grandes líneas son fáciles de descubrir aun hoy y que generó hasta nuestros días presbíteros de la talla de Juan Bosco, José Benito Cotolengo, Juan XXIII, Andrés Carlos Ferrari y tantos otros de sobra conocidos.

Este “modelo” difiere muy poco del instaurado en España e Hispanoamérica (con las variables lógicas de este último por ser una Iglesia apenas naciente). Se destacó “el maestro” San Juan de Avila con su producción literaria y su incansable actividad, y como fuente inspiradora – el cartujo de Burgos Antonio de Molina con su libro “Instrucción de sacerdotes”, ampliamente difundido en España y fuera de ella.

La Escuela francesa”, con el Cardenal de Berulle como gran precursor a través de sus obras y de la Fundación del Oratorio, seguida luego por la gran trilogía de San Vicente de Paúl, San Juan Eudes y Juan Santiago Olier, cada uno de ellos formador de sacerdotes y fundador de Sociedades dedicadas a este fin. Imposible dejar de mencionar también a San Francisco de Sales, figura seductora de sacerdote secular del nuevo cuño y de obispo abierto a las corrientes renovadoras que él mismo impulsó.

Todo el “molde” francés de formación presbiteral marcó claramente el estilo sacerdotal de las generaciones postridentinas, en



Europa y en otros Continentes. En ese estilo, con otros nombres y otras exigencias, algo se decía sobre la formación sacerdotal permanente.

Aquí vale la pena recordar, así sea de paso, la figura de Josse Clichtoveo (1472-1543), doctor de la Sorbona desde 1506 y cuya teología del sacerdocio marcó el Concilio de Trento y los sistemas de formación sacerdotal desde Berulle a toda la Escuela Francesa y perduró hasta vísperas del Vaticano II. La idea de “ser sacado del mundo”, es decir, la huida del mundo, constituye el distintivo esencial de esta imagen del sacerdote. El sacerdote es un “ser para el culto”, no para la comunidad y esta culturalidad es la que justifica el celibato, expresión adecuada de esta separación esencial. Toda esta concepción de la “eminente dignidad” del sacerdocio marcó la espiritualidad sacerdotal por varios siglos opacando la dimensión de ministerio o al menos haciéndola muy cerrada. Es necesario comprender esta visión en su raíz para entender el giro teológico y antropológico que trajo la visión espiritual del Vaticano II centrada en la ministerialidad (=servicio) y la pastoralidad (=entrega a la comunidad).²

2.5 Los siglos XIX y XX

Los siglos finales del segundo milenio conocen un renovarse de la figura sacerdotal bajo diferentes aspectos; menciono sólo dos: la pastoralidad y el nacimiento de la espiritualidad del clero diocesano.

Por lo que toca a la pastoralidad, la figura del Cura de Ars (1786-1859) significa una revalorización del ministerio pastoral directo, sobre todo del párroco y del párroco rural; en la otra cara de la medalla aparecían los santos presbíteros religiosos, respaldados por la fuerza de su Instituto y con cargos a veces de cierto brillo que creaban en el sacerdote secular una cierta nostalgia o a veces inclusive con complejo de inferioridad.

2 Cfr. SCHILLEBEECKX, Edward, *El Ministerio eclesial – Responsables en la comunidad cristiana* – Edic. Cristiandad, Madrid, 1983, p. 111-114- COPPENS JOSEPH, *Sacerdocio y Celibato*, obra en colaboración – Edit. BAC, No. 326, Madrid, 1971, pp. 373-412.



Y por lo de la Espiritualidad propia del Clero diocesano, hoy incuestionable, hay que destacar – entre otros muchos nombres – el del Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas. Su amplio prestigio académico como profesor de Lovaina y creador del neo-tomismo le acompañó en su tarea de Obispo-pastor, ampliamente conocedor y estimulador de su clero hasta darle con solidez y claridad de lenguaje las grandes líneas que hoy, después del Vaticano II, son de pacífica posesión.

Es evidente que a estas influencias “desde la base” vinieron a agregarse los documentos pontificios sobre el sacerdocio ministerial con S. Pío X (*Haerent animo*), Pío XI (*Ad Catholici sacerdotii*), Pío XII (*Menti nostrae*) y Juan XXIII (*Sacerdotii nostri primordia*) que prepararon los grandes documentos Conciliares.

2.6 *El Vaticano II y su posconcilio*

Es así como llegamos al Vaticano II. La raíz y fundamento de todo está en las Constituciones. En “*Dei Verbum*”, la revelación como autocomunicación de Dios, con una fortísima impronta bíblica, está a la raíz de toda experiencia espiritual y de fe; viene luego la “*Lumen Gentium*” con su capítulo III sobre la jerarquía (especialmente el No. 28 acerca del presbiterado);³ en *Sacrosanctum Concilium* la liturgia como “ejercicio del sacerdocio de Cristo” (SC 7) fundamenta toda la espiritualidad litúrgica del presbítero y la participación “plena, consciente y activa” de la comunidad. Finalmente, “*Gaudium et Spes*” sobre la Iglesia en el mundo, sienta las bases para una aceptación sana de la secularidad como ámbito propio del presbítero diocesano que no necesita ni evadirse (tentación monástica) ni afiliarse a otros grupos (tentación de integrarse a uno de los grandes, medianos o pequeños Institutos de vida consagrada) para poder vivir a plenitud su ministerio pastoral en medio del mundo como camino propio de santificación y crecimiento personal hasta el final de su vida.

3 De la riqueza de LG se inspiran también “*Christus Dominus*”, “*Presbyterorum ordinis*” y “*Optatam totius*” que diseñan los grandes rasgos del obispo, del presbítero y de la formación sacerdotal. Allí claramente aparecen las insinuaciones sobre la formación posterior al Seminario.

No creo necesario analizar estos grandes textos conciliares y posconciliares por ser de sobra conocidos. Pongamos simplemente el acento sobre LG 28 (fundamento teológico y eclesiológico del presbiterado dentro del contexto de todo el ministerio “eclesiástico” que para el caso es sinónimo de ministerio apostólico) y PO 2-3 que nos da la clave de la naturaleza teológica del presbiterado y de su condición en el mundo así como PO 18-21, fundamento remoto de la hoy llamada formación sacerdotal permanente.

Que hubo y sigue habiendo muchos presbíteros y obispos santos (léase “pastores santos”) lo confirma el brillante elenco de 147 santos canonizados y por lo menos el triple de beatos (incluyendo desde luego los mártires) del siglo XIII al siglo XX.⁴

3. Las cuatro dimensiones de la formación presbiteral hoy

3.1 La cuádruple división (antropología subyacente del presbítero podríamos llamarla un poco pomposamente) aparece ya insinuada en el decreto Optatam totius (Nos. 4-22), a saber:

III. (4-7) Organización de los Seminarios Mayores (dimensión humana o humano-comunitaria)

IV. (8-12): Un cultivo más intenso de la formación espiritual

V. (13-18): Revisión de los estudios eclesiásticos (dimensión intelectual).

VI. (19-21): Fomento de la formación específicamente pastoral (dimensión pastoral).

4 Cfr. REPETTO José Luis, Santoral del Clero secular del siglo XIII al siglo XX – Col. Estudios y ensayos – BAC – Historia – Biblioteca de autores cristianos, Madrid 2000. – Por una omisión lamentable que el mismo autor del libro reconoció en respuesta a una carta que le dirigi, no aparece en el libro el Beato Mariano de Jesús Eusse Hoyos, primer colombiano y sacerdote diocesano, elevado al honor de los altares. El libro es altamente ilustrativo y estimulante.

VII. (22): Perfeccionamiento de la formación después de los estudios (embrión de la formación permanente).

- 3.2 Este mismo esquema lo asume, ampliándolo un poco, la famosa RATIO FUNDAMENTALIS (Normas básicas de la formación sacerdotal: 6 enero 1970), especialmente en los números finales (100-101) cuando habla del perfeccionamiento de la formación sacerdotal en el post-seminario.
- 3.3 Por lo que toca al Código de Derecho Canónico de 1983, con ámbito universal para la Iglesia Latina, es poco relativamente lo que trae a este respecto, sea en la parte de las obligaciones y derechos de los Clérigos (cc. 273-289), sea acerca de los Seminarios (232-272), sea en el tratado sobre el sacramento del Orden (cc. 1008-1054).
- 3.4 Hay que esperar a la exhortación Apostólica postsinodal "Pastores dabó vobis" (25-03-92) para que en el lenguaje eclesialístico oficial se hable de la formación sacerdotal en sus cuatro dimensiones (cap. V, Nos. 43-59) así como todo un capítulo, el VI y último, igualmente estructurado en las cuatro dimensiones de la formación permanente de los sacerdotes: sus razones teológicas, aspectos, significado, responsables, etc. etc.
- 3.5 Y todavía con mayor precisión, aplicada exclusivamente a los presbíteros, en el "Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros", emanado de la Congregación para el Clero el 31 de enero de 1994. Después de un I Capítulo sobre la Identidad del presbítero, el II se ocupa de la espiritualidad sacerdotal y el III íntegramente dedicado a la formación permanente: principios (Nos. 69-80), organización y medios (Nos. 81-86), responsables (Nos. 87-92) y necesidades en orden a la edad y a situaciones especiales (Nos. 93-97).

58

No me detengo en estos documentos, ya muy conocidos, con el fin de invitar a los destinatarios de este artículo a que los hagan objeto de estudio personal y grupal y se traduzcan en aplicaciones concretas a nivel de los presbiterios diocesanos, de los institutos de vida consagrada y de los diferentes niveles de grupos sacerdotales hoy existentes en todos los rincones del planeta.



4. ¿En dónde estamos?

- 4.1 Es ya un factor positivo el que la FSP (Formación sacerdotal permanente) haya sido incluida en documentos oficiales de la Iglesia y empiece a implementarse en no pocos planes pastorales de un buen número de diócesis; pero no olvidemos que “el papel puede con todo”: no basta escribir los planes sino ante todo realizarlos.⁵
- 4.2 En efecto, algo se ha hecho pero es mucho más lo que falta por hacer. Ante todo, si el fundamento teológico de la FSP es el dinamismo del sacramento del orden (2Tim 1,6) para reavivar el don de Dios que hay en nosotros, ese sacramento debe ser más estudiado y sobre todo asumido vitalmente por los presbíteros; y estos valores tan espirituales son de lenta asimilación, aunque la Iglesia oficialmente la presente como un derecho y un deber (DM VP, 69).

Por otra parte, existe la tendencia al dualismo que, al separar espiritualidad y ministerio, crea actitudes que no llegan al corazón del sacerdote (DMVP, 71): Se trabajan como FSP los aspectos “técnicos” de la Pastoral o de la vida intelectual: cursos, sesiones de trabajo, etc. pero no se atiende a la unidad profunda (PO 14) que debe cultivarse en la vida del presbítero y que tiene su “viga de amarre” en la formación espiritual permanente, y que es “espiritual” precisamente porque proviene de la acción profunda del Espíritu Santo que dinamiza el sacramento del Orden.

- 4.3 Igualmente hay que aceptar y saber incorporar a la FSP en lo espiritual las diversas “escuelas”, sobre todo las que cuentan

5 Sobre los contenidos de la FSP es preciso reconocer que el CELAM ha sido un pionero en este campo. Vale la pena destacar el “Primer encuentro Latinoamericano de formación sacerdotal permanente”, celebrado en Caracas del 29 de mayo al 4 de junio de 1977: sus enfoques y terminología coinciden mucho con documentos romanos posteriores. También del CELAM: “¿Avanza la formación permanente?”, Colección DEVYM, No. 22, Bogotá, 1989, fruto de un encuentro celebrado en Bogotá del 13 al 17 de febrero de 1989. A la reflexión latinoamericana se hizo eco la Conferencia Episcopal de Colombia con tres publicaciones correspondientes a otros tantos eventos, todas ellas de la colección SPEC, a saber: Formación Sacerdotal Permanente I (1978), II (1990) y III (1991).



con reconocimiento eclesial a alto nivel como el Opus Dei, los Focolarinos, el movimiento neo-catecumenal etc. que coexisten con otras corrientes igualmente legítimas pero más “encarnadas”, si se quiere así llamarlas. No podemos desconocer ese pluralismo de métodos pero sí debemos velar porque ninguno de ellos atente contra la unidad del ministerio y vida incrementando el dualismo de que acabamos de hablar creando estilos sacerdotales casi esquizofrénicos.

- 4.4 Imposible dejar de lado las nuevas corrientes de ministerialidad que de alguna manera afectan la FSP: los variados estilos de ejercer el sacerdocio ministerial, los diáconos permanentes y sus necesidades espirituales y pastorales que ejercen su misión pastoral en contextos muy diferenciados. Su espiritualidad tiene que ser asumida en una línea de formación permanente pues todas ellas se fundamentan en el sacramento del Orden que sin perder su unidad profunda se diversifica de manera pluriforme según los diferentes tipos de ejercicio.⁶
- 4.5 Finalmente, la espiritualidad específica de la FSP se vive en un mundo cruzado por la interculturalidad (mosaico de culturas que se entrecruzan afectando variadamente el ejercicio ministerial), la globalización que pretende unificar los comportamientos bajo patrones peligrosamente manipuladores y el proceso de secularización que no puede menos de afectar la carga

6 Respecto de las nuevas formas de ministerialidad es preciso reconocer que la problemática de Europa Occidental (Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Inglaterra) es bastante compleja y a la vez muy diferente de la situación latinoamericana. La escasez alarmante de vocaciones al presbiterado ha llevado a una reestructuración de la Pastoral con amplia intervención de los laicos y religiosos-as junto con una aparente marginación de la figura clásica del presbítero. Esto ha ocasionado una intervención fuerte de la Santa Sede, reflejada en el documento: “Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes”, conjunta de varios dicasterios de la Santa sede del 15 de agosto de 1997.

El problema ha llevado a los obispos y teólogos a buscar líneas de solución, a la vez creativas y fieles al magisterio. Un buen ejemplo de esta línea (con la conciencia de parte de los autores de que responden a una situación típicamente francesa) se halla en el libro: DES MINISTRES POUR L'EGLISE, de Joseph DORE, Arzobispo de Estrasburgo y Maurice Vidal, p.s.s. en colaboración con otros autores -Coeditores: CENTURION/CERF/FLEURUS-MAME, Paris 2001.

espiritual del mundo cristiano y sobre todo la carga del mundo sacerdotal.

5. Lo que podemos hacer

- 5.1 Si estamos convencidos de que “la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes, animado por el Espíritu de Cristo” (OT. Pr), tenemos que darle cabida a la FSP espiritual, tanto en los planes pastorales diocesanos como en las Normas Básicas de formación sacerdotal de cada país: los candidatos al presbiterado deben interiorizar desde el Seminario las necesidades y posibilidades de la FSP en cada región.
- 5.2 Es importante que todas estas actividades cuenten con el respaldo económico necesario, ya que los cursos, períodos sabáticos, aportes psicológicos, etc. necesitan financiación suficiente.
- 5.3 Otro factor bien significativo es la “psicologización” de la “FSP en cuanto requiera ayuda psicológica de expertos para la orientación de la afectividad en ciertos momentos de crisis o de conflicto, así como el aporte para las diferentes edades como lo sugiere muy bien el Directorio de la Santa Sede en los numerales 93 al 96. El sacerdote necesita ayuda al comienzo y al final (gerontólogos) así como en las etapas intermedias: la espiritualidad “se encarna” en los diferentes procesos evolutivos ya que – como lo enseña la teología clásica – “la gracia supone la naturaleza” y a ésta hay que ayudarle.
- 5.4 Es claro que no puede descuidarse a los sacerdotes en dificultad, comenzando por una atención muy peculiar a los cinco primeros años de ministerio y que debemos saber echar mano de los laicos y laicas competentes, no solo ya en Psicología, para los planes de FSP espiritual: si la vocación a la santidad es universal (LG V) nos tenemos que ayudar – en nombre del sacerdocio común o bautismal – a crecer juntos “hasta el estado de hombre perfecto a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efes. 4,13).

- 5.5 Aquí tienen una cabida especial los obispos; si bien el principal agente de la FSP es cada presbítero, el obispo como “padre, hermano y amigo” (LG 28) debe poner su mayor esmero en el acompañamiento de sus sacerdotes, recordando el Consejo de Pablo VI a los obispos latinoamericanos cuando en 1968, desde Bogotá, abrió la Conferencia General del Episcopado latinoamericano efectuada en Medellín: “Si un obispo concentrase sus cuidados más asiduos, más inteligentes, más pacientes, más cordiales, en formar, en asistir, en escuchar, en guiar, en instruir, en amonestar, en confortar a su Clero, habría empleado bien su tiempo, su corazón y su actividad” (Bogotá, 24 de agosto de 1968).⁷
- 5.6 Por eso mismo no puede haber una Pastoral diocesana (los Obispos lo saben muy bien) si no se atiende integralmente a los presbíteros a través de todo su ciclo vital: “desde la cuna (en este caso la ordenación sacerdotal) hasta la tumba”. Esto con el fin de que en cada época de la existencia sacerdotal se crezca en humanidad, en vida interior y en espíritu apostólico (el Espíritu Santo acogido por los apóstoles unidos a María): es el quien hace crecer.
- 5.7 Y no es menos delicada la tarea de los formadores de los Seminarios Mayores recordando – como lo hace PDV – que “la FSP es la continuación natural y absolutamente necesaria del proceso de estructuración de la personalidad presbiteral iniciado y desarrollado en el Seminario..... en el cual es preciso preparar la futura formación permanente y fomentar el ánimo y el deseo de los futuros presbíteros en relación con ella, demostrando su necesidad, ventajas y espíritu, y asegurando las condiciones de su realización” (PDV,71).

6. Una espiritualidad de misericordia

La gran encíclica de Juan Pablo II sobre Dios Padre lleva por título “Rico en misericordia” (1980) y en ella el Papa desarrolla hermo-

7 Discurso de Pablo VI en Bogotá. Cfr. “La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio” – 2ª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano – Vol., Ponencias, Secretariado General del CELAM, Bogotá, 1968, p.33.

samente la parábola del hijo pródigo (5-6) con una invitación a que “el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo... ya que ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos”. Y cuatro años más tarde en la carta sobre el sentido cristiano de sufrimiento humano (1984) la parábola del buen samaritano resume “el evangelio del sufrimiento” con un comentario que conserva toda su actualidad y belleza (Nos. 28-30).

Me detengo en esta categoría bíblica y sobre todo evangélica de la misericordia porque no puede haber formación sacerdotal permanente en lo espiritual que no esté acompañada del ejercicio paciente y activo de la misericordia. Los presbíteros seguimos siendo hombres débiles, a veces con debilidades que no aparecen por múltiples motivos, y que nos hacen creer o ser vistos como la famosa estatua de la visión de Daniel (2, 29-45) a la que una simple piedrecilla desplomó: a pesar de su ostentosa estructura metálica tenía los pies de barro y se derrumbó estrepitosamente. Los presbíteros necesitamos experimentar la misericordia para poder comunicarla como verdadera experiencia a nuestros fieles. ¿No será el caso del Papa Juan Pablo II con el Arzobispo Milingo – cuando podría haberlo excomulgado y alejado de la Iglesia – un elocuente signo a este respecto?

7. Tras las huellas del Jubileo

Es persistente la invitación del Papa Juan Pablo a trabajar por la santidad universal como fruto del jubileo. La proclamó en “Tertio millennio adveniente” y la vuelve a proclamar, en forma casi obsesiva, en “Novo Millennio ineunte”. El quiere que el mensaje evangelizador de la Iglesia tenga como prioridad, antes que complejas estructuras y organizaciones pastorales, la vocación universal a la santidad y el predominio de la gracia como prioridades absolutas.⁸

No en vano él ha querido multiplicar (aun con fuertes críticas en su contra tanto al interior de la Iglesia como fuera de ella) las

8 En TMA lo desarrolla (ya en 1994) sobre todo a partir de la dimensión trinitaria de los años del Hijo (97), del Espíritu Santo (98) y del Padre (99); y en NMI el tema penetra toda la carta, en especial la II parte (Nos. 29-41): Caminar desde Cristo, con afirmaciones de gran fuerza que el Papa está repitiendo a cada paso en alocuciones y documentos.

beatificaciones y canonizaciones, con una dosis elevada de mártires y una explicitación del martirio como una posibilidad y una gracia para nuestra época.

El incremento del número de presbíteros que estén dispuestos a jugársela toda por Cristo y su reino será el más esplendoroso florecimiento y la más rica fructificación de una audaz y perseverante formación sacerdotal permanente en el campo espiritual. Así nos ayude a obtenerlo María, la siempre fiel, que supo decir “sí” al Señor a través de todas las circunstancias de su vida.

*Dirección del autor: Seminario Mayor San José
A.A. 040
Cúcuta, Colombia*